

## **“Un vuelco” (1911)**

Charlotte Perkins Gilman (1860-1935)

En su alcoba de alfombras suaves, gruesos cortinajes y mobiliario suntuoso, la Sra. Marroner sollozaba tendida en una cama ancha y suave.

Sollozaba con amargura, ahogo y desesperación; los hombros se agitaban y sacudían convulsivamente; apretaba las manos con fuerza. Se había olvidado de su vestido refinado y de la colcha aún más refinada; se había olvidado de su dignidad, su autocontrol y su orgullo. Se sentía dominada por un increíble y apabullante sentimiento de horror, de pérdida inconmensurable y por unas emociones turbulentas e incontenibles.

En su mente había un horror abrumador e increíble, una pérdida inconmensurable, una masa de emoción turbulenta y en lucha.

En su vida de crianza bostoniana, reservada, superior, nunca había soñado que sería posible sentir tantas cosas a la vez y con una intensidad tan aplastante.

Intentó enfriar sus sentimientos transformándolos en pensamientos, endurecerlos en palabras, controlarse, pero no podía. Le trajo vagamente a la mente un momento terrible en la rompiente de la playa de York un verano de su infancia cuando estaba nadando bajo el agua y no podía encontrar la superficie.

En su alcoba en el último piso, sin alfombras, de cortinas finas y mobiliario escaso, Gerta Petersen sollozaba tendida en una cama estrecha y dura.

Su cuerpo era más grande que el de su señora y era robusta y de constitución fuerte, mas toda su feminidad joven y orgullosa estaba ahora postrada, convulsa por la angustia, deshecha en lágrimas. No hacía el más mínimo esfuerzo por contenerse. Lloraba por dos.

Si bien la Sra. Marroner sufría más debido al naufragio y la ruina de un amor más duradero (quizás más profundo), si bien tenía gustos más refinados y más elevados ideales, si soportaba el espasmo de los celos amargos y el orgullo indignado; Gerta, por su lado, tenía que hacer frente a la vergüenza personal, un futuro sin esperanzas y un presente amenazante que la llenaban de un terror irracional.

Había llegado a aquella casa de un orden perfecto como una diosa joven y sumisa, fuerte, hermosa, rebosante de buena voluntad y deseosa de obedecer, aunque ignorante e infantil; en resumen, una niña de dieciocho años.

El Sr. Marroner había sentido verdadera admiración por ella, lo mismo que su esposa. Solían comentar sus perfecciones evidentes así como sus limitaciones igualmente evidentes con aquella confianza perfecta de la que durante tanto tiempo habían disfrutado. La Sra. Marroner no era una mujer celosa. No había estado nunca celosa en su vida, hasta ahora.

Gerta se había quedado con ellos y había aprendido las costumbres del matrimonio. Ambos le habían tomado cariño. Hasta la cocinera le había tomado cariño. Tenía lo que se dice «buena voluntad», y era inusualmente fácil de enseñar y moldear, con lo que la Sra. Marroner, debido a su hábito precoz de instruir, intentó educarla un poco.

—No he visto nunca a nadie tan dócil —había comentado a menudo la Sra. Marroner—. En una sirvienta resulta perfecto, pero es casi un defecto en lo que respecta a su personalidad. Es tan confiada e indefensa.

Así era exactamente: una bebé alta de mejillas sonrosadas, rica feminidad por fuera, indefensa infancia por dentro. Su abundante pelo trenzado de un rubio intenso, sus serios ojos azules, sus hombros poderosos y sus extremidades largas y bien formadas parecían propios de un espíritu terrenal primario, pero ella no era más que una niña ignorante con la debilidad de una criatura.

## Literatura norteamericana

Cuando el Sr. Marroner se tuvo que ir en viaje de negocios con desgano y a regañadientes por tener que dejar a su esposa, le había dicho que se sentía muy seguro dejándola en manos de Gerta para cuidarla.

—Pórtate bien con tu señora, Gerta —le dijo a la chica la última mañana durante el desayuno—. Te la dejo para que la cuides. Estaré de vuelta dentro de un mes a lo sumo —luego se volvió, sonriente, hacia su esposa—. Y tú debes cuidar de Gerta también —dijo—. Supongo que a mi vuelta la tendrás preparada para la universidad.

Esto fue hace siete meses. Los negocios lo habían retrasado una semana tras otra, un mes tras otro. Le escribía a su esposa cartas largas, cariñosas y frecuentes, lamentando profundamente el retraso, explicando lo necesario y rentable que resultaba, felicitándola por los muchos recursos que ella poseía así como sus muchas aficiones: una mente rebosante y equilibrada.

—Si desapareciera de tu vida por culpa de uno de esos “actos de Dios” que mencionan las compañías de seguros, no creo que te fuera tan mal —decía—. Me tranquiliza mucho que lleves una vida tan rica y tan plena que ninguna pérdida, ni una grande siquiera, te dejaría mermada del todo. Pero no es probable que nada de eso ocurra y dentro de tres semanas estaré de vuelta en casa, si esto se arregla. ¡Estarás tan hermosa, con esa chispa en los ojos y ese rubor cambiante que tan bien conozco, y tanto adoro! ¡Querida mía! Tendremos que pasar una nueva luna de miel. Si cada mes hay luna nueva, ¿por qué no tener nosotros otra bien melosa?

A menudo preguntaba por «la pequeña Gerta», a veces incluía una tarjeta postal para ella, bromeaba con su esposa acerca de sus esfuerzos ímprobos por educar a «la criatura», que era tan cariñosa, alegre y sensata.

Todo esto se le pasó por la cabeza a la Sra. Marroner con gran velocidad mientras yacía allí con el borde ancho y dobladillado de una sábana fina de lino, aplastado y retorcido en una mano; y la otra sosteniendo un pañuelo empapado.

Había intentado enseñar a Gerta y había llegado a querer a aquella criatura dulce y paciente, pese a su falta de brillantez. Trabajando con las manos era hábil, aunque no rápida, y era capaz de llevar las cuentas semanales. Mas para una mujer que tenía un doctorado, que había dado clases en la universidad, era como cuidar de un bebé.

Quizás el hecho de no tener hijos le había hecho querer aún más a aquella niña grande, pese a que la diferencia de edad entre ellas era tan sólo de quince años.

Por descontado, a la chica ella le parecía bastante mayor, y su joven corazón estaba lleno de afecto y gratitud por el cuidado paciente que la hacía sentirse como en casa en esta nueva tierra.

Poco después empezó a notar algo sombrío en la cara radiante de la chica. Parecía nerviosa, ansiosa, preocupada. Cuando sonaba el timbre parecía sobresaltarse y se apresuraba corriendo a la puerta. Sus carcajadas espontáneas ya no resonaban en la verja cuando se quedaba a hablar con los proveedores, que tanto la admiraban.

La Sra. Marroner había hecho grandes esfuerzos por enseñarle a ser más reservada con los hombres y se congratuló que por fin sus palabras hubieran surtido efecto. Se le ocurrió que la chica extrañaba su hogar, algo que negó. Se le ocurrió que pudiera estar enferma, algo que también negó. Por último, se le ocurrió algo que ya no pudo negar.

Durante mucho tiempo se negó a creerlo y esperó. Luego tuvo que creérselo, pero aprendió a ser paciente y comprensiva.

—La pobre —se decía—. Está aquí sin su madre; y es tan insensata y complaciente. No debo ser demasiado dura con ella —e intentó ganarse la confianza de la chica con palabras prudentes y amables.

Pero Gerta se había echado literalmente a sus pies y suplicado con un torrente de lágrimas que no la despidiera. No admitió nada ni dio explicación alguna, mas prometió con vehemencia que trabajaría para la Sra. Marroner de por vida con tal de que la dejara quedarse.

Recapacitando sobre el tema con cautela, la Sra. Marroner pensó que la dejaría quedarse, al menos por ahora. Intentó controlarse ante la muestra de ingratitud de alguien a quien había intentado

ayudar de verdad, y controlar también el enojo y el desprecio que siempre había sentido ante debilidades de esa índole.

—Lo que hay que hacer ahora —se decía a sí misma—, es apoyarla firmemente en todo hasta el final. No hay que estropearle la vida a la criatura más de lo necesario. Le preguntaré al respecto a la doctora Bleet. ¡Qué confortante resulta tener una doctora! Apoyaré a la pobre insensata hasta que esto termine y luego buscaré el modo de enviarla de vuelta a Suecia con el bebé. ¡Cómo es que llegan donde no se los quiere y no donde se los quiere! Y la Sra. Marroner, sentada a solas en la quietud de su casa hermosa y amplia, casi sintió envidia de Gerta.

Al atardecer había mandado a la chica a que tomara un poco el aire. Llegó el cartero vespertino y ella en persona lo recogió. Una carta para ella, la carta de su marido. Conocía el matasellos, el sello y el tipo de mecanografía. La besó impulsivamente a oscuras en el vestíbulo. Nadie podía sospechar que la Sra. Marroner besara las cartas de su marido, mas lo hacía, y a menudo.

Le echó un vistazo a las otras. Una era para Gerta y no era de Suecia. Se parecía mucho a la suya. Esto se le antojó un poco extraño, pero el Sr. Marroner le había enviado a la chica mensajes y tarjetas varias veces. Puso la carta en la mesa del vestíbulo y se llevó la suya a su habitación.

«Mi pobre niña», empezaba. ¿Cuál de las cartas que ella le había escrito había sido tan triste como para explicar esto?

«Estoy tremendamente preocupado por las noticias que me envías.» ¿Qué noticias había escrito ella que pudieran preocuparle tanto? «Lo debes sobrellevar con entereza, jovencita. Pronto estaré en casa y cuidaré de ti, desde luego. Espero que no haya ningún contratiempo inminente. No digas nada al respecto. Aquí tienes dinero, por si lo necesitas. Espero llegar a casa dentro de un mes a lo sumo. Si tuvieras que irte, asegúrate de dejar tu dirección en mi oficina. Ánimo, sé fuerte, que yo cuidaré de ti.»

La carta estaba escrita a máquina, algo que no resultaba inusual. No estaba firmada, lo que sí resultaba inusual. Incluía un billete de cincuenta dólares. No se parecía en nada a ninguna de las cartas que había recibido de su marido jamás ni a ninguna que él pudiera escribirle. Mas una sensación fría y extraña se estaba apoderando de ella del mismo modo en que la inundación crece alrededor de una casa.

Se negó completamente a admitir las ideas que empezaron a ocurrírsele, a estallarle en la cabeza y que intentaban apoderarse de ella. Pero bajó las escaleras con la angustia de estos pensamientos repudiados y trajo la otra carta, la que era para Gerta. Las puso una al lado de la otra en un lugar oscuro y liso de la mesa, se digirió al piano y se puso a tocar con gran precisión, negándose a pensar hasta que volviera la chica.

Cuando llegó, la Sra. Marroner se levantó con sobriedad y se dirigió a la mesa.

—Aquí hay una carta para ti —dijo.

La chica se acercó con entusiasmo, las vio una al lado de la otra, titubeó y miró a su señora.

—Toma la tuya, Gerta. Ábrela, por favor.

La chica se volvió hacia ella con unos ojos asustados.

—Quiero que la leas, aquí —dijo la Sra. Marroner.

—¡Ay, señora! ¡No! ¡Por favor, no me obligue!

—¿Por qué no?

Parecía no haber razón alguna a la que recurrir para no hacerlo. Gerta se ruborizó aún más y abrió la carta. Era larga y evidentemente le resultaba desconcertante. Comenzaba así: «Mi querida esposa.» La leyó detenidamente.

—¿Estás segura de que esa es tu carta? —preguntó la Sra. Marroner—. ¿No es *esta* la tuya? ¿No es quizás *esa* la mía?

Le entregó la otra carta.

—Se trata de un error —prosiguió la Sra. Marroner con tono seco y sereno. De alguna manera había perdido la compostura, había perdido su habitual sentido de lo apropiado. Esto no era real, esto era una pesadilla.

—¿Acaso no lo ves? Tu carta fue puesta en *mi* sobre y mi carta fue puesta en *tu* sobre. Ahora lo comprendemos.

## Literatura norteamericana

Mas la mente de la pobre Gerta no disponía de una antecámara, no disponía de fuerzas adiestradas para guardar la calma mientras caía rendida al dolor. Aquello la arrolló de forma abrumadora sin que opusiera resistencia. Se encogió ante la ira incontenible que anticipaba y, efectivamente, aquella ira surgió de algún rincón recóndito y la arrolló con una llama tenue.

—Vete a hacer la maleta —dijo la Sra. Marroner— Te irás de mi casa esta misma noche. Aquí está tu dinero.

Sacó el billete de cincuenta dólares. También añadió el sueldo de un mes. No mostró la más mínima lástima por aquellos ojos angustiados, aquellas lágrimas que oyó caer al suelo.

—Vete a tu cuarto y prepara tus cosas —dijo la Sra. Marroner. Gerta, obediente como siempre, se fue.

Luego, la Sra. Marroner se dirigió a su alcoba y pasó tumbada en la cama boca abajo un tiempo que nunca llegó a calcular.

Mas la formación de los veintiocho años que habían transcurrido antes de su matrimonio, su época en la universidad (como estudiante y como profesora) y la propia independencia que ella misma se había forjado hacían que su postura ante el dolor fuera muy distinta de la que rondaba la mente de Gerta.

Después de un rato, la Sra. Marroner se levantó. Se dio un baño caliente, una ducha fría y una fricción vigorosa. «Ahora puedo pensar», se dijo.

En primer lugar se arrepintió de la sentencia de destierro inmediato. Subió las escaleras para ver si se había cumplido. ¡Pobre Gerta! La tempestad de su agonía se había agotado como suele hacerlo en los niños: se había quedado dormida, la cabeza apoyada en la almohada mojada, los labios aún contraídos por el dolor y un suspiro enorme que la hacía estremecerse de cuando en cuando.

La Sra. Marroner se quedó observándola y, mientras la observaba, prestó atención a la dulzura desvalida de su rostro, a su personalidad indefensa y sin formar, a su docilidad y disposición a la obediencia que la hacían tan atractiva y una víctima tan propiciatoria. También pensó en la fuerza descomunal que la había arrollado, en la transformación enorme a la que ahora se veía sometida, en cuan fútil y penosa parecía cualquier resistencia que Gerta hubiese ofrecido.

Regresó a su cuarto sin hacer ruido, encendió un fuego pequeño y se sentó cerca, haciendo ahora caso omiso de sus sentimientos, igual que antes había hecho caso omiso de sus pensamientos.

Se trataba de dos mujeres y de un hombre. Una de las mujeres era una esposa cariñosa, confiada y afectuosa. La otra era una sirvienta cariñosa, confiada y afectuosa: una chica joven, una exiliada, dependiente, agradecida ante cualquier amabilidad, carente de educación y preparación, infantil. Por supuesto que debería haberse resistido a la tentación, pero la Sra. Marroner era lo bastante sensata como para saber lo difícil que resulta reconocer la tentación cuando llega disfrazada de amistad y desde una fuente de la que nada se sospecha.

A Gerta podría haber logrado resistirse al dependiente de almacén; de hecho, gracias a los consejos de la Sra. Marroner, se había resistido a varios. Mas cuando se debía respeto, ¿cómo podía criticarla? Cuando se debía obediencia, ¿cómo podía haberse negado, cegada por la ignorancia? Hasta que fue demasiado tarde.

Mientras la mujer mayor y más sensata se proponía comprender y atenuar la mala conducta de la chica y prever su desgraciado futuro, irrumpió en su corazón un sentimiento nuevo, fuerte, claro e incontrolable: un sentimiento de condena sin paliativos hacia el hombre que había sido la causa de todo esto. Él sí era consciente. Él sí lo entendía. Él sí podría haber previsto y calibrado perfectamente las consecuencias de sus actos. Él sí era plenamente consciente de la inocencia, la ignorancia, el afecto agradecido y la docilidad habitual de las que se había aprovechado deliberadamente.

La Sra. Marroner se elevó a picos helados de aprehensión intelectual, de los que sus horas de dolor frenético parecían muy lejanas. Él había hecho todo esto bajo el mismo techo que compartía con ella, su esposa.

No había amado con franqueza a la más joven, roto con su esposa y creado un nuevo matrimonio. Eso sí que habría sido simple y llanamente un desengaño amoroso. Pero esto era otra cosa.

## Literatura norteamericana

Aquella carta, aquella espantosa carta fría, cuidadosamente cautelosa y sin firmar, aquel billete (mucho más seguro que un cheque) no hablaban de afecto. Algunos hombres pueden amar a dos mujeres al mismo tiempo. Pero esto no era amor.

La sensación de lástima e indignación que la Sra. Marroner sentía por sí misma, por la esposa, derivó ahora de repente en una sensación de lástima e indignación por la chica. Toda esa belleza espléndida, joven y límpida, toda la esperanza de una vida feliz con matrimonio y maternidad incluidos, la de una vida honrosamente independiente, incluso; todo eso no significaba nada para aquel hombre. Había decidido privar a Gerta de las mayores dichas de la vida por puro placer.

¿La carta decía que él iba «a cuidar de ella»? ¿Cómo? ¿En calidad de qué?

Entonces, abrumada tanto por lo que sentía por sí misma (la esposa) como por Gerta (la víctima), le sobrevino una nueva oleada de sentimientos que literalmente la hizo ponerse de pie. Se levantó y caminó con la cabeza bien alta.

—Éste es el pecado del hombre contra la mujer —dijo—. La ofensa es contra la feminidad. Contra la maternidad. Contra... la criatura.

Se detuvo.

La criatura. *Su* hijo. También había dañado y sacrificado eso, lo había condenado a la degradación.

Cuando el Sr. Marroner volvió a casa unas semanas más tarde, sin que hubiera transcurrido el tiempo suficiente como para esperar respuesta a una u otra carta, no vio a su esposa en el muelle, pese a que le había enviado un cable, y se encontró la casa a oscuras. Abrió con su llave y subió los escalones con sigilo para darle una sorpresa a su esposa.

No había ninguna esposa allí.

Tocó la campanilla. Ninguna sirvienta contestó.

Encendió una luz tras otra y registró la casa de arriba abajo; estaba absolutamente vacía. La cocina ofrecía un aspecto limpio, frío y desapacible. Salió de allí y subió las escaleras con lentitud, aturdido por completo. Toda la casa estaba limpia, en perfecto estado, totalmente deshabitada.

De una cosa estaba perfectamente seguro: ella sabía.

¿Pero de verdad estaba seguro? No debía darlo por hecho. Podía haber estado enferma. Podía haber muerto. Se puso de pie con un sobresalto. No, le habrían mandado un cable. Volvió a sentarse.

Ante un cambio de esa índole, si ella hubiera querido que él se enterase, le habría escrito. Quizás lo había hecho y él, al volver de una forma tan repentina, no había recibido la carta. Esta idea lo reconfortó. Eso debía ser. Se volvió hacia el teléfono y titubeó de nuevo. En caso de que se hubiera enterado, de que se hubiera ido, del todo, sin decir ni una palabra, ¿debería revelarlo él a los amigos y a la familia?

Se puso a dar vueltas por la casa, buscó por todas partes una carta, una explicación de algún tipo. Se acercó al teléfono una y otra vez y siempre se detenía. No podía soportar tener que preguntar: «¿sabes dónde está mi esposa?»

Las bellas y armoniosas habitaciones le recordaban a ella de forma queda e inevitable, como la sonrisa distante en el rostro de los muertos. Apagó las luces, mas no podía soportar la oscuridad y las encendió todas de nuevo.

Fue una larga noche. Por la mañana salió temprano para la oficina. Entre las cartas que se le habían acumulado no había ninguna de ella. Nadie parecía estar al tanto de nada fuera de lo normal. Un amigo le preguntó por su esposa: «¿estará muy contenta de verte, supongo?» Él contestó con evasivas. A eso de las once vino a verlo un hombre, John Hill, el abogado de su esposa y primo de ella también. Al Sr. Marroner nunca le había gustado. Ahora le gustó menos aún, pues el Sr. Hill simplemente le hizo entrega de una carta, comentando que «me han pedido que te entregue esto personalmente», y se fue, con aire de alguien a quien se recurre para que ponga fin a algo molesto.

«Me he ido. Cuidaré de Gerta. Adiós. Marion.»

Eso era todo. No había fecha, ni dirección, ni matasellos, sólo eso.

## Literatura norteamericana

Con tanta angustia y ansiedad se había olvidado por completo de Gerta y de todo aquello. El nombre le hizo sentir rabia. Se había interpuesto entre su esposa y él. Le había arrebatado a su esposa. Eso es lo que sentía.

Al principio no dijo nada, no hizo nada, siguió viviendo solo en la casa, comiendo donde le apetecía. Cuando la gente le preguntaba por su esposa decía que estaba de viaje por motivos de salud. No quería que saliera en los periódicos. Luego, según pasó el tiempo sin recibir explicación alguna, decidió no aguantar más y recurrió a unos detectives. Lo culparon de no haberlos llamado antes, pero se pusieron a trabajar, instados al mayor de los secretos.

Lo que para él había sido una pared de misterio tan vacía parecía no incomodarlos en lo más mínimo a ellos. Indagaron meticulosamente sobre el pasado de Marion, encontraron dónde había estudiado, dónde había enseñado y qué especialidad, que tenía algo de dinero propio, que su médica era la doctora Josephine L. Bleet, y otros muchos datos.

Como resultado de una labor cuidadosa y prolongada por fin le dijeron que había vuelto a la docencia con la ayuda de uno de sus antiguos profesores, que llevaba una vida discreta y que, al parecer, recibía huéspedes. Le facilitaron el nombre de la ciudad, la calle y el número como si el asunto no presentara la más mínima dificultad.

Él había vuelto al comienzo de la primavera. Llegó el otoño antes de que la encontrara.

Era una tranquila ciudad universitaria en las montañas, una calle sombreada y ancha, una casa agradable con césped, árboles y flores alrededor. Llevaba la dirección en la mano y el número se veía con claridad en el portón blanco. Recorrió el camino recto de gravilla y llamó al timbre. Una sirvienta mayor abrió la puerta.

—¿Vive aquí la Sra. Marroner?

—No, señor.

—¿Es este el número veintiocho?

—Sí, señor.

—¿Quién vive aquí, pues?

—Miss Wheeling, señor.

¡Ah! Su nombre de soltera. Se lo habían dicho, pero lo había olvidado.

Entró en la casa.

—Me gustaría verla —dijo.

Le hicieron pasar a un salón silencioso, agradable y fresco por el aroma de unas flores, las flores que más le habían gustado a ella siempre. Casi se le saltaron las lágrimas. Todos los años de felicidad se le pasaron por la cabeza de nuevo: los comienzos tan delicados, los días de un deseo ávido antes de que realmente fuera suya, la belleza serena y profunda del amor de su esposa.

Sin duda iba a perdonarlo. Debía perdonarlo. Se humillaría ante ella, le expresaría su más sincero remordimiento, su determinación categórica de convertirse en un hombre diferente.

Por la entrada espaciosa se le acercaron dos mujeres, una de ellas, como una Madonna alta, llevaba un bebé en los brazos. Marion estaba tranquila, segura, tajantemente impersonal, tan sólo una palidez blanca dejaba entrever cierta tensión interior. Gerta, con el bebé como baluarte, presentaba signos de una inteligencia nueva en el rostro y sus ojos azules miraban con adoración a su amiga, no a él.

El miró a una y a otra mudo de asombro.

La mujer que había sido su esposa preguntó con serenidad:

—¿Qué es lo que tienes que decirnos?

## Charlotte Perkins Gilman – Turned

In her soft-carpeted, thick-curtained, richly furnished chamber, Mrs Marroner lay sobbing on the wide, soft bed.

She sobbed bitterly, chokingly, despairingly; her shoulders heaved and shook convulsively; her hands were tight-clenched. She had forgotten her elaborate dress, the more elaborate bedcover; forgotten her dignity, her self-control, her pride. In her mind was an overwhelming, unbelievable horror, an immeasurable loss, a turbulent, struggling mass of emotion.

In her reserved, superior, Boston-bred life, she had never dreamed that it would be possible for her to feel so many things at once, and with such trampling intensity.

She tried to cool her feelings into thoughts; to stiffen them into words; to control herself — and could not. It brought vaguely to her mind an awful moment in the breakers at York Beach, one summer in girlhood when she had been swimming under water and could not find the top.

In her uncarpeted, thin-curtained, poorly furnished chamber on the top floor, Gerta Petersen lay sobbing on the narrow, hard bed.

She was of larger frame than her mistress, grandly built and strong; but all her proud young womanhood was prostrate now, convulsed with agony, dissolved in tears. She did not try to control herself. She wept for two.

If Mrs Marroner suffered more from the wreck and ruin of a longer love — perhaps a deeper one; if her tastes were finer, her ideals loftier; if she bore the pangs of bitter jealousy and outraged pride, Gerta had personal shame to meet, a hopeless future, and a looming present which filled her with unreasoning terror.

She had come like a meek young goddess into that perfectly ordered house, strong, beautiful, full of goodwill and eager obedience, but ignorant and childish — a girl of eighteen.

Mr Marroner had frankly admired her, and so had his wife. They discussed her visible perfections and as visible limitations with that perfect confidence which they had so long enjoyed. Mrs Marroner was not a jealous woman. She had never been jealous in her life — till now.

Gerta had stayed and learned their ways. They had both been fond of her. Even the cook was fond of her. She was what is called 'willing', was unusually teachable and plastic; and Mrs Marroner, with her early habits of giving instruction, tried to educate her somewhat.

"I never saw anyone so docile," Mrs Marroner had often commented. "It is perfection in a servant, but almost a defect in character. She is so helpless and confiding."

She was precisely that: a tall, rosy-cheeked baby; rich womanhood without, helpless infancy within. Her braided wealth of dead gold hair, her grave blue eyes, her mighty shoulders and long, firmly moulded limbs seemed those of a primal earth spirit; but she was only an ignorant child, with a child's weakness.

When Mr Marroner had to go abroad for his firm, unwillingly, hating to leave his wife, he had told her he felt quite safe to leave her in Gerta's hands — she would take care of her.

"Be good to your mistress, Gerta," he told the girl that last morning at breakfast. "I leave her to you to take care of. I shall be back in a month at latest."

Then he turned, smiling, to his wife. "And you must take care of Gerta, too," he said. "I expect you'll have her ready for college when I get back."

This was seven months ago. Business had delayed him from week to week, from month to month. He wrote to his wife, long, loving, frequent letters, deeply regretting the delay, explaining how necessary, how profitable it was, congratulating her on the wide resources she had, her well-filled, well-balanced mind, her many interests.

"If I should be eliminated from your scheme of things, by any of those 'acts of God' mentioned on the tickets, I do not feel that you would be an utter wreck," he said. "That is very comforting to me."

Your life is so rich and wide that no one loss, even a great one, would wholly cripple you. But nothing of this sort is likely to happen and I shall be home again in three weeks — if this thing gets settled. And you will be looking so lovely, with that eager light in your eyes and the changing flush I know so well — and love so well. My dear wife! We shall have to have a new honeymoon — other moons come every month, why shouldn't the mellifluous kind?"

He often asked after 'little Gerta', sometimes enclosed a picture postcard to her, joked with his wife about her laborious efforts to educate "the child", was so loving and merry and wise. All this was racing through Mrs Marroner's mind as she lay there with the broad, hemstitched border of fine linen sheeting crushed and twisted in one hand, and the other holding a sodden handkerchief.

She had tried to teach Gerta, and had grown to love the patient, sweet-natured child, in spite of her dullness. At work with her hands, she was clever, if not quick, and could keep small accounts from week to week. But to the woman who held a Ph.D., who had been on the faculty of a college, it was like baby-tending.

Perhaps having no babies of her own made her love the big child the more, though the years between them were but fifteen.

To the girl she seemed quite old, of course; and her young heart was full of grateful affection for the patient care which made her feel so much at home in this new land.

And then she had noticed a shadow on the girl's bright face. She looked nervous, anxious, worried. When the bell rang, she seemed startled, and would rush hurriedly to the door. Her peals of frank laughter no longer rose from the area gate as she stood talking with the always admiring tradesmen.

Mrs Marroner had laboured long to teach her more reserve with men, and flattered herself that her words were at last effective. She suspected the girl of homesickness, which was denied. She suspected her of illness, which was denied also. At last she suspected her of something which could not be denied.

For a long time she refused to believe it, waiting. Then she had to believe it, but schooled herself to patience and understanding.

"The poor child," she said, "She is here without a mother — she is so foolish and yielding — I must not be too stern with her." And she tried to win the girl's confidence with wise, kind words.

But Gerta had literally thrown herself at her feet and begged her with streaming tears not to turn her away. She would admit nothing, explain nothing, but frantically promised to work for Mrs Marroner as long as she lived — if only she would keep her.

Revolving the problem carefully in her mind, Mrs Marroner thought she would keep her, at least for the present. She tried to repress her sense of ingratitude in one she had so sincerely tried to help, and the cold, contemptuous anger she had always felt for such weakness.

"The thing to do now," she said to herself, "is to see her through this safely. The child's life should not be hurt any more than is unavoidable. I will ask Dr Bleet about it — what a comfort a woman doctor is! I'll stand by the poor, foolish thing till it's over, and then get her back to Sweden somehow with her baby. How they do come where they are not wanted — and don't come where they are wanted!" And Mrs Marroner, sitting alone in the quiet, spacious beauty of the house, almost envied Gerta.

Then came the deluge.

She had sent the girl out for needed air towards dark. The late mail came; she took it in for herself. One letter for her — her husband's letter. She knew the postmark, the stamp, the kind of typewriting. She impulsively kissed it in the dim hall. No one would suspect Mrs Marroner of kissing her husband's letters — but she did, often.

She looked over the others. One was for Gerta, and not from Sweden. It looked precisely like her own. This struck her as a little odd, but Mr Marroner had several times sent messages and cards for the girl. She laid the letter on the hall table and took hers to her room.

"My poor child," it began. What letter of hers had been sad enough to warrant that?



"I am deeply concerned at the news you send." What news to concern him had she written? "You must bear it bravely, little girl. I shall be home soon, and will take care of you, of course. I hope there is no immediate anxiety— you do not say. Here is money in case you need it. I expect to get home in a month at latest. If you have to go, be sure to leave your address at my office. Cheer up — be brave — I will take care of you."

The letter was typewritten, which was not unusual. It was unsigned, which was unusual. It enclosed an American bill — fifty dollars. It did not seem in the least like any letter she had ever had from her husband, or any letter she could imagine him writing. But a strange, cold feeling was creeping over her, like a flood rising around a house.

She utterly refused to admit the ideas which began to bob and push about inside her mind, and to force themselves in. Yet under the pressure of these repudiated thoughts she went downstairs and brought up the other letter — the letter to Gerta. She laid them side by side on a smooth dark space on the table; marched to the piano and played, with stern precision, refusing to think, till the girl came back. When she came in, Mrs Marroner rose quietly and came to the table.

"Here is a letter for you," she said.

The girl stepped forward eagerly, saw the two lying together there, hesitated, and looked at her mistress. "Take yours, Gerta. Open it, please."

The girl turned frightened eyes upon her.

"I want you to read it, here," said Mrs Marroner. "Oh, ma'am — No! Please don't make me!" "Why not?"

There seemed to be no reason at hand, and Gerta flushed more deeply and opened her letter. It was long; it was evidently puzzling to her; it began "My dear wife". She read it slowly.

"Are you sure it is your letter?" asked Mrs Marroner. "Is not this one yours? Is not that one — mine?" She held out the other letter to her.

"It is a mistake," Mrs Marroner went on, with a hard quietness. She had lost her social bearings somehow, lost her usual keen sense of the proper thing to do. This was not life; this was a nightmare.

"Do you not see? Your letter was put in my envelope and my letter was put in your envelope. Now we understand it."

But poor Gerta had no antechamber to her mind, no trained forces to preserve order while agony entered. The thing swept over her, resistless, overwhelming. She cowered before the outraged wrath she expected; and from some hidden cavern that wrath arose and swept over her in pale flame.

"Go and pack your trunk," said Mrs Marroner. "You will leave my house tonight. Here is your money."

She laid down the fifty-dollar bill. She put with it a month's wages. She had no shadow of pity for those anguished eyes, those tears which she heard drop on the floor.

"Go to your room and pack," said Mrs Marroner. And Gerta, always obedient, went.

Then Mrs Marroner went to hers, and spent a time she never counted, lying on her face on the bed.

But the training of the twenty-eight years which had elapsed before her marriage; the life at college, both as a student and teacher; the independent growth which she had made, formed a very different background for grief from that in Gerta's mind.

After a while Mrs Marroner arose. She administered to herself a hot bath, a cold shower, a vigorous rubbing. "Now I can think," she said.

First she regretted the sentence of instant banishment. She went upstairs to see if it had been carried out. Poor Gerta! The tempest of her agony had worked itself out at last as in a child, and left her sleeping, the pillow wet, the lips still grieving, a big sob shuddering itself off now and then.

Mrs Marroner stood and watched her, and as she watched she considered the helpless sweetness of the face; the defenceless unformed character; the docility and habit of obedience which made her so attractive — and so easily a victim. Also she thought of the mighty force which had swept over her; of the great process now working itself out through her; of how pitiful and futile seemed any resistance she might have made.

She softly returned to her own room, made up a little fire, and sat by it, ignoring her feelings now, as she had before ignored her thoughts.

Here were two women and a man. One woman was a wife: loving, trusting, affectionate. One was a servant: loving, trusting, affectionate — a young girl, an exile, a dependant; grateful for any kindness; untrained, uneducated, childish. She ought, of course, to have resisted temptation; but Mrs Marroner was wise enough to know how difficult temptation is to recognise when it comes in the guise of friendship and from a source one does not suspect.

Gerta might have done better in resisting the grocer's clerk; she had, indeed, with Mrs Marroner's advice, resisted several. But where respect was due, how could she criticise? Where obedience was due, how could she refuse — with ignorance to hold her blinded — until too late?

As the older, wiser woman forced herself to understand and extenuate the girl's misdeed and foresee her ruined future, a new feeling arose in her heart, strong, clear, and overmastering: a sense of measureless condemnation for the man who had done this thing. He knew. He understood. He could fully foresee and measure the consequences of his act. He appreciated to the full the innocence, the ignorance, the grateful affection, the habitual docility, of which he deliberately took advantage.

Mrs Marroner rose to icy peaks of intellectual apprehension, from which her hours of frantic pain seemed far indeed removed. He had done this thing under the same roof with her — his wife. He had not frankly loved the younger woman, broken with his wife, made a new marriage. That would have been heart-break pure and simple. This was something else.

That letter, that wretched, cold, carefully guarded, unsigned letter, that bill — far safer than a cheque — these did not speak of affection. Some men can love two women at the same time. This was not love.

Mrs Marroner's sense of pity and outrage for herself, the wife, now spread suddenly into a perception of pity and outrage for the girl. All that splendid, clean young beauty, the hope of a happy life, with marriage and motherhood, honourable independence, even — these were nothing to that man. For his own pleasure he had chosen to rob her of her life's best joys.

He would "take care of her," said the letter. How? In what capacity?

And then, sweeping over both her feelings for herself, the wife, and Gerta, his victim, came a new flood, which literally lifted her to her feet. She rose and walked, her head held high. "This is the sin of man against woman," she said. "The offence is against womanhood. Against motherhood. Against — the child."

She stopped.

The child. His child. That, too, he sacrificed and injured — doomed to degradation.

When el Sr. Marroner reached home a few weeks later, following his letters too soon to expect an answer to either, he saw no wife upon the pier, though he had cabled, and found the house closed darkly. He let himself in with his latch-key, and stole softly upstairs to surprise his wife.

No wife was there.

He rang the bell. No servant answered it.

He turned up light after light, searched the house from top to bottom; it was utterly empty. The kitchen wore a clean, bald, unsympathetic aspect. He left it and slowly mounted the stairs, completely dazed. The whole house was clean, in perfect order, wholly vacant.

One thing he felt perfectly sure of — she knew.

Yet was he sure? He must not assume too much. She might have been ill. She might have died. He started to his feet. No, they would have cabled him. He sat down again.

For any such change, if she had wanted him to know, she would have written. Perhaps she had, and he, returning so suddenly, had missed the letter. The thought was some comfort. It must be so. He turned to the telephone and again hesitated. If she had found out — if she had gone — utterly gone, without a word — should he announce it himself to friends and family?

He walked the floor; he searched everywhere for some letter, some word of explanation. Again and again he went to the telephone — and always stopped. He could not bear to ask. “Do you know where my wife is?”

The harmonious, beautiful rooms reminded him in a dumb, helpless way of her — like the remote smile on the face of the dead. He put out the lights, could not bear the darkness, turned them all on again.

It was a long night — In the morning he went early to the office. In the accumulated mail was no letter from her. No one seemed to know of anything unusual. A friend asked after his wife — “Pretty glad to see you, I guess?” He answered evasively.

About eleven a man came to see him: John Hill, her lawyer. Her cousin, too. Mr Marroner had never liked him. He liked him less now, for Mr Hill merely handed him a letter, remarked, “I was requested to deliver this to you personally,” and departed, looking like a person who is called on to kill something offensive.

“I have gone. I will care for Gerta. Goodbye. Marion.”

That was all. There was no date, no address, no postmark, nothing but that.

In his anxiety and distress, he had fairly forgotten Gerta and all that. Her name aroused in him a sense of rage. She had come between him and his wife. She had taken his wife from him. That was the way he felt.

At first he said nothing, did nothing, lived on alone in his house, taking meals where he chose. When people asked him about his wife, he said she was travelling — for her health. He would not have it in the newspapers. Then, as time passed, as no enlightenment came to him, he resolved not to bear it any longer, and employed detectives. They blamed him for not having put them on the track earlier, but set to work, urged to the utmost secrecy.

What to him had been so blank a wall of mystery seemed not to embarrass them in the least. They made careful enquiries as to her past, found where she had studied, taught, and on what lines; that she had some little money of her own, that her doctor was Josephine L. Bleet, M.D., and many other bits of information.

As a result of careful and prolonged work, they finally told him that she had resumed teaching under one of her old professors, lived quietly, and apparently kept boarders; giving him town, street and number, as if it were a matter of no difficulty whatsoever.

He had returned in early spring. It was autumn before he found her.

A quiet college town in the hills, a broad, shady street, a pleasant house standing in its own lawn, with trees and flowers about it. He had the address in his hand, and the number showed clear on the white gate. He walked up the straight gravel path and rang the bell. An elderly servant opened the door.

“Does Mrs Marroner live here?” “No, sir.”

“This is number twenty-eight?” “Yes, sir.”

“Who does live here?” “Miss Wheeling, sir.”

Ah! Her maiden name. They had told him, but he had forgotten. He stepped inside. “I would like to see her,” he said.

He was ushered into a still parlour, cool and sweet with the scent of flowers, the flowers she had always loved best. It almost brought tears to his eyes. All their years of happiness rose in his mind again — the exquisite beginnings; the days of eager longing before she was really his; the deep, still beauty of her love.

Surely she would forgive him — she must forgive him. He would humble himself; he would tell her of his honest remorse — his absolute determination to be a different man.

Through the wide doorway there came in to him two women. One like a tall Madonna, bearing a baby in her arms.

Marion, calm, steady, definitely impersonal, nothing but a clear pallor to hint of inner stress.

Gerta, holding the child as a bulwark, with a new intelligence in her face, and her blue, adoring eyes fixed on her friend — not upon him.

## Literatura norteamericana

He looked from one to the other dumbly.

And the woman who had been his wife asked quietly: "What have you to say to us?"